

Costa la por bienhechores

REDACCION Y ADMINISTRACION: P. TRES REYES, 2.

No se devuelven los originales

El verdadero orden

¿Qué es orden? ¿Es un fin? ¿Es un medio? He aquí una de las cuestiones que en relación con la actualidad es el objeto de algunos de los debates periodísticos de estos días al ver las continuas agitadas que de los conflictos sociales de éstas se originan.

Creen algunos que no hay orden donde existe la preocupación, la agitación, el anhelo reformista, el ansia de las útiles transformaciones. Creen que el orden es el quietismo, la resignación inconsciente, a inercia social. Pero eso no es el orden, o es el orden a la vida, la paz infundada de los cementerios. El orden es compatible con aquellas preocupaciones y con aquellas agitaciones, anhelos y ansias a que nos hemos referido, si quienes las sienten y las producen actúan dentro de las leyes, con medios honestos y para los fines del bien común: que así todos cooperamos a la paz y al progreso de nuestros pueblos.

Y así entendido, el orden es un fin para los gobiernos y para los individuos, porque fuera de aquél los medios para las demás cosas fracasan, y los otros fines nobles no se pueden realizar. Imagínese la sociedad que se quiera, pero una sociedad en discordia, perturbada, desordenada, en estado de permanente revolución. En una sociedad semejante, no cabe que se satisfagan los fines sociales.

¿Qué hará el hombre de estudio? ¿Qué el artista? ¿Qué el obrero? ¿Qué el literato? Fuera del orden, ninguna actividad puede desenvolverse serenamente, libremente, sino bajo la coacción y la preocupación de la violencia, y los frutos de ésta o son prematuros o no son durables.

De aquí deducimos que los gobiernos tienen como fin principal el de la conservación del orden, para del orden completo, el externo y el interno. Éste sobre todo porque el orden externo, logrado con acuerdos que son asociaciones o con aparatos o repúblicas que representen a violencias, es al or-

den verdadero lo que a los lucidos del firmamento las huellas estrelladas que dejan cuando pasan por un lozadal las patas de los gansos.

Los Redentores

Buscando actas

Hace días que circulan por Barcelona rumores relacionados con el viaje que hicieron a Madrid varios diputados y ex-diputados para tratar de cuestiones relacionadas con los movimientos obreros.

Esos señores trataron en la Corte de la conveniencia de inclinarse al sindicalismo catalán de que ingresen en alguno de los gremios políticos militares.

Conforme a lo pactado en Madrid, esos diputados, secundados por la acción de otros exdiputados, tratan de convencer a los sindicalistas para que en nombre de todas las organizaciones obreras presenten candidatos para las próximas elecciones a disputadas a Cortes.

De dar resultado estas gestiones, la candidatura sindicalista por Barcelona estaría formada por los sindicalistas Pestaña y Seguí y por tres de los que hace tiempo se empeñan en aparecer como sindicalistas, y que son los señores Leyra, Marcelino Domingo y Rodrigo Soriano.

Estos trabajos, que se hacen públicos ahora, han caído como una bomba en la masa general del sindicalismo, que, en general es opuesta a manejos de política menuda.

El diario «El Progreso» de Barcelona confirma esta noticia, en la que habla del viaje del exdiputado Sr. Soriano a Barcelona, que obedece a aquellos fines.

De aquí y de allá

De «La Acción»:

«Por la calle de Hortaleza subía una jugadera mecánica, que guiaba un obrero municipal.

Las ruedas del carro, al chocar

contra los railes del travé, hicieron saltar unas gotas de agua a la acera, mojado al diputado socialista D. Teodomiro Menéndez, que pasaba por allí.

El señor Menéndez se molestó en tan alto grado, que descargó un bastonazo sobre las espaldas del obrero saltando en astillas el bastón.

Se arremolinó la gente, protestando contra la agresión; acudió una pareja de guardias; el señor Menéndez exhibió su «carnet» de diputado y se marchó tranquilamente, en tanto que el apaleado y correligionario obrero se quedó con los palos, y siguió también su camino, tal vez reflexionando acerca de las ideas de igualdad y fraternidad.»

«La Croix»

En una crónica que publica «La Croix», de París, el eminente literato y sacerdote «Pierre l'Ermite» pone francamente el dedo en la llaga sobre los oscuros orígenes del bolcheviquismo que gobierna en Rusia.

Dice que los bolcheviquis tienen odio terrible contra la autoridad suprema de la Iglesia, y este odio es tan enconado porque está manejado entre bastidores por manos exclusivamente judías. Es el eterno odio entre el bien y el mal, entre el «Non serviam» y el «Hablad, Señor.»

Asistimos a la re-resentación de una página del Apocalipsis. Un puñado de judíos que sueña en reducir a la esclavitud al inmenso rebaño humano de la internacional obrera.

El bolcheviquismo y el cristianismo son las dos grandes fuerzas que se disputan el mundo, pues no pueden vivir juntas, según la declaración oficial de 1919 por el Senado norteamericano.

Ha abolido el reconocimiento del Sér Supremo, que toleraba el mismo Robespierre, privando además al clero de todos sus derechos.

Era una costumbre universal en Rusia que el día de Pascua, toda publicación apareciera con

esta exerga: «Cristo ha resucitado». Los bolcheviquis exigieron que se sustituyese con ésta: «Hace cien años que nació Karl Marx.»

Como es sabido, Marx era judío.

L'Osservatore Romano

Su correspondal en Washington publica interesantes pormenores de la vida y acción católica en los Estados Unidos.

Ante todo dice que los católicos yanquis tienen características nacionales bien marcadas. En primer lugar, y aunque la religión católica por razones históricas ha precedido a toda otra dominación religiosa del país, todavía el predominio inglés entre las colonias primitivas da al país carácter y una mayoría protestantes.

Aun con el estupendo desarrollo del catolicismo en los últimos cien años, los Estados Unidos, con sus dieciocho millones de católicos, distan mucho de ser un país católico.

Muchas nacionalidades han formado el carácter típico del catolicismo norteamericano. Por razones de prioridad en el número, la nación que ha dejado más profundas huellas de sus tradiciones y espíritu en la vida católica americana en general, es, sin duda alguna, Irlanda. La fuerte adhesión a la cátedra de San Pedro y la gran reverencia por el sacerdocio católico que se citan como peculiares en los fieles americanos son, en gran parte, una herencia de San Patricio.

Característica del norteamericano es el sentido práctico de las cosas, y por eso los católicos de allá dan importancia capital a lo que constituye la esencia de la vida católica, esto es, a los Sacramentos de la Penitencia y de la Eucaristía. Por esto es corriente en aquel país que un misionero y simplemente un cura párroco se vanaglorie de haber confesado a diez, quince o veinte mil almas. El número de comuniones en algunas iglesias asciende a cifras altísimas que verdaderamente